

lieu habian desarmado á los soberanos. Este último habia llevado consigo á aquellas conferencias dos jóvenes, amigos de su persona y de su política, para auxiliarle con sus consejos y su palabra en las transacciones de aquel tratado. El uno era Mr. de Rayneval, natruido desde su infancia en las tradiciones de la alta diplomacia francesa, que su padre habia dirigido en tres reinados; el otro era Mr. Mounier, hijo del presidente de la Asamblea nacional en 1789, secretario íntimo de Napoleon durante el Imperio, y á la caída de éste, adicto á esa monarquía constitucional soñada por su padre, hombres los dos á quienes por la moderacion de su carácter y por sus talentos podian confiarse los mas delicados asuntos de Europa, sin temer ni exceso de celo, ni indiscrecion, ni menos falta de probidad. La formalidad de Mr. Rayneval, la autoridad natural de Mr. Mounier y la rápida inteligencia de ambos eran cualidades muy á propósito para verlo, simplificarlo y resolverlo todo bajo la direccion del primer ministro, que era al mismo tiempo amigo suyo. Estas elecciones, que merecieron la completa aprobacion de Mr. Lainé, eran preliminares felices de triunfo.

XXXIII.

La presencia del emperador de Rusia y su amistad para con el duque de Richelieu impusieron el asentimiento de los demas gabinetes á los deseos del rey de Francia. «Vuestra nacion es valiente y leal, dijo Alejandro á los plenipotenciarios franceses, y sufre sus infortunios con heroica resignacion, ¿me respondeis de ella? ¿La creéis bastante sensata para que pueda verificarse sin riesgo la evacuacion? ¿Pensais que su gobierno esté sólidamente afianzado? Hablad francamente; soy admirador y amigo de vuestra nacion; no pido mas que vues-

tra palabra. No temo, añadió, el desarrollo de los principios liberales en Francia, yo tambien soy liberal; quisiera ademas que vuestro soberano ligase mas fuertemente los nuevos intereses á su trono por medio de algun acto notable. Temo á los *jacobinos* (nombre revolucionario de los demagogos); los odio; procurad no echaros en sus brazos; la Europa no quiere ya el jacobinismo. Solo una santa alianza fundada sobre la moral y la religion puede salvar el órden social. En nombre del cielo, señor de Richelieu, salvemos el órden social.» Estas palabras y la emision de ese pensamiento divino, en que habian imbuido al jóven soberano de tantos millones de hombres los reveses y los triunfos, daban á conocer al libertador del continente y en aquella sazón al moderador del mundo. Semejantes sentimientos, inspirados ó recomendados por el emperador de Rusia á las personas que le rodeaban, orillaron al punto las dificultades secundarias que el duque de Richelieu debia encontrar en las pretensiones y en las ambiciones de las demas córtes. Se proclamó la evacuacion de la Francia, y los comisionados franceses y estrangeros fijaron en doscientos sesenta y cinco millones las cuentas definitivas de indemnizacion por causa de guerra. En honra y prez de estos liquidadores de tan gran deuda debe consignar la historia que al salir del ministerio el duque de Richelieu fué honrado, á causa de su modesta fortuna, con un subsidio personal de su pais, y que Mr. de Rayneval murió en la pobreza, no dejando mas herencia que su nombre, y que despues de la muerte de Mr. Mounier, su esposa y su hijo tuvieron que vivir á espensas del Estado en un rincon de la Francia.

Reconciliada así esta nacion con la Europa entraba por medio de artículos secretos en la confraternidad de los reyes y en el espíritu de la Santa Alianza. Firmada el acta de aquel congreso, el emperador Alejandro quiso llevar él mismo en persona al rey de Francia la expresion del respeto que profesaba á sus canas y de su alian-

za con sus pensamientos, pues deseaba gozar por última vez de la popularidad que había adquirido entre los franceses. El mismo Luis XVIII refiere en un escrito confidencial de su mano, inédito hasta el día, la impresión que le causaron aquella visita, la emancipación de su pueblo verificada por su prudencia y los servicios del duque de Richelieu. Estas revelaciones íntimas, escapadas del corazón, son testigos demasiado raros y preciosos de los acontecimientos, para que no sean recogidos con avidez. Los actores de esas grandes escenas son siempre sus mejores historiadores. La última palabra de los acontecimientos está en el alma de los actores.

«Diciembre 1818.

«Qui vidit, testimonium perhibuit, et verum est testimonium ejus.

S. Juan XV.

«Uno de los momentos mas felices de mi vida ha sido el que siguió á la visita del emperador de Rusia. Sin hablar de la estremada bondad en venir solo por verme y trazar de este modo, aunque muy noblemente, lo que con la mas baja adulacion hizo el duque de La Fenillade con respecto á Luis XIV era difícil no quedar satisfecho de su entrevista. No solamente participaba de todos mis pensamientos, sino que me los decia aun antes de que yo tuviera tiempo de emitirlos. Habia aprobado altamente el sistema de gobierno y la linea de conducta que sigo desde que me resolví á dar el decreto de 5 de setiembre de 1816. (No puedo menos de observar que aquel era el momento de las elecciones de Paris, y que el emperador marchó persuadido de que seria elegido Benjamin Constant.) En fin, aquel príncipe me hizo el mas cumplido elogio de mis ministros y particularmente del conde Decazes, á quien no temo decir que profeso una amistad

fundada sobre sus buenas circunstancias y sobre una lealtad que es preciso haber experimentado para conocer todo su valor. Asi, pues, yo veia como segura la evacuacion de la Francia con condiciones muy moderadas y afianzada por mucho tiempo la tranquilidad exterior sin que nada al parecer amenazase la paz de mis dominios.

«Confieso que me desagradaron algunas de las elecciones, como las de los departamentos del Sarthe, la Vendée y Finisterre; pero estas son contrariedades inherentes á una Constitucion como la nuestra, y la generalidad de ellas era buena. Observé con sentimiento en las cartas del duque de Richelieu que estaba mas afectado que yo; pero me lisonjaba que al volver aqui procuraria unirse mas y mas á sus colegas para poner remedio al mal producido por la *Minerva*, y sea dicho de paso, agravado por el *Conservador*.

«Me engañaba, pues *sin saberlo yo*, habia buscado y creido hallar el duque otros remedios. Estas palabras *sin saberlo yo* acaso parezcan estrañas á los que las lean. Al estamparlas no desconozco las ideas que pueden sugerir respecto de mi persona, pero quiero manifestar la verdad; es preciso decirla, y para ello tomemos las cosas de mas arriba.

«Mucho tiempo hacia que todo el mundo estaba en la persuasion de que si los ultra-realistas, convencidos de la imposibilidad de realizar su sistema de exageracion, haciendo callar los odios contra las personas, abrazaban francamente el sistema de templanza, los ultra-liberales no se atreverian á levantar la cabeza. Público es que los ministros habian trabajado por esta reconciliacion; pero conocidos son tambien los escasos resultados de las negociaciones. Sabido es que los ultra-realistas habian pedido concesiones de principios y garantías personales que era imposible otorgar; sabido es ademas que lejos de aproximarse sus gefes al ministerio, al que no cesaban de insultar en sus escritos, combatieron durante la legisla-

tura de 1815 en las filas de los ultra-liberales. Se sabe mas: pero nada ha sido jurídicamente probado. No sentíamos menos mis ministros y yo la necesidad de una reconciliación y este era también el parecer de los extranjeros mas ilustrados. El duque de Wellington me había hablado de ella al regresar de Aquisgran. «Es necesario, decía, que los ultra-realistas se reconcilien con el ministerio, pero sin condiciones.»

»El aspecto de la legislatura que iba abrirse no tenía nada de amenazador: aquel ministerio, á quien los partidarios de la exageración de uno y otro lado trataban de desacreditar, había sin embargo restablecido en todas partes el orden y la confianza. La Francia era respetada fuera. Solo el crédito se había resentido, esto es, el del banco, pues al paso que el 5 por 100 bajaba, los bonos reales se mantenían á la misma altura. Ya he dicho que la generalidad de las elecciones era buena; así es que por mas que se temieran debates muy acalorados, era mas que probable que en la Cámara de los diputados la mayoría en favor del ministerio fuese por lo menos lo que había sido en la última legislatura; mucho menor era la de la Cámara de los pares; pero al fin existía. Tal era á mis ojos el estado de las cosas al volver el duque de Richelieu el 28 de noviembre.

»Antes de pasar adelante conviene hablar de la situación en que se hallaba el conde Decazes. Su ministerio, tan importante mientras estuvo en vigor la ley de 29 de octubre, había decaído mucho desde que cesó dicha ley; así es que estaba á punto de perder la única y débil arma que le quedaba, la censura de los periódicos. Los enemigos del conde Decazes, despues de haber representado, atacando su conducta, la fábula de la serpiente y la lima, habían cambiado de baterías. No era ya el ministerio, sino el ministerio el que atacaban, pintándolo como anticonstitucional, arbitrario y fuente de gastos superfluos. Con tales espresiones hay siempre la seguridad de

captarse los sufragios de la multitud, y por lo tanto consiguieron completamente su objeto y las cosas llegaron al punto de ser muy dudoso que en la legislatura que iba á abrirse pasara el presupuesto de la policía general; pero aun cuando hubiera pasado ¿qué significa un ministro sin poder, sin atribuciones, y con todo eso abrumado con la misma responsabilidad que cuando las tenía? Tan convencido de esto estaba el conde Decazes que propuso la supresión de su ministerio, y como consecuencia natural su salida del consejo. Al oír esta proposición se sublevaron todos sus colegas, los unos porque conocían la falta que hacían al Estado su buena cabeza, su aplomo en las circunstancias mas críticas y su habilidad en los negocios, y los otros tal vez porque creían que mi amistad hacia él era un conducto intermedio de suma utilidad entre el ministerio y yo. El duque de Richelieu, que indudablemente era de los primeros, ensayó un medio de conservarle proponiendo á Mr. Lainé que le cediera el ministerio de lo Interior tomando él el de la Justicia. Yo ofrecí facilitar este arreglo, en el que consentió sin condiciones Mr. Pasquier, á quien nombré ministro de mi casa con entrada en el consejo. Mr. Lainé se negó á permutar é hizo su dimisión, que no quise aceptar con tanto mas motivo cuanto que el duque de Richelieu había declarado que á no ser con él no se quedaria en el ministerio. Mr. Decazes se prestó á llevar el peso del suyo hasta el fin de la legislatura y el consejo continuó tal como estaba.

»Recuérdese que he dicho mas arriba que el duque de Richelieu había buscado *sin saberlo yo*, y creído hallar el remedio al mal que temía. Al representarme este hecho y al consignarlo aqui, creo, á pesar de su fecha reciente, sufrir mas bien un sueño penoso, que recordar la verdad. Jamás podrá creer la posteridad que un ministro, quien quiera que sea, haya podido concebir, y mucho menos ejecutar, un plan cuyo efecto inevitable era

cambiar por completo la marcha del gobierno, sin decir una sola palabra al rey, y mucho menos se creará cuando se sepa que el ministro era el duque de Richelieu, el hombre mas leal que hubo jamás, y el rey ese Luis XVIII, acusado de debilidad, pero no de indiscreción, y que por consecuencia se debía suponer cosa fácil hacerle cambiar de opinión sin comprometer el secreto del plan. Pues bien, á pesar de tanta inverosimilitud, el hecho es ciertísimo, y me importa tanto mas que se sepa, cuanto que los que piensen de otro modo podrán acusarme de haber observado en aquel admirable mes de diciembre de 1848, una marcha muy tortuosa. Defendiéndome así, pareceo acusar al duque de Richelieu. Confieso que no puedo disculparle del misterio que usó conmigo, pero estoy persuadido (y mas adelante se verá si tengo razon) de que él mismo ignoraba á donde se le conducía. El queria reconciliar á los ultra-realistas con el ministerio cambiando la ley electoral, y no conoció que era el mismo ministerio el que se ponía á discreción de los ultra-realistas. ¿Quién habia concebido el plan? ¿Quién habia asegurado su éxito? Lo ignoro, y no quiero referir aqui sino hechos que yo conozco plenamente, permitiéndome solo añadir á ellos mis reflexiones, cuando me parezcan plausibles.

«Sea de esto lo que quiera, lo cierto es que se habia trabajado en separar de aquel centro, que hasta entonces habia constituido en las dos cámaras la fuerza del ministerio, un número de miembros bastante considerable para asegurar la mayoría á los ultra-realistas. La intriga se habia llevado con tal secreto que no podría menos de aplaudir en otra causa; baste decir que se habia escapado á los ojos vigilantes del mismo Mr. Decazes. El éxito habia sido completo en la Cámara de los pares; pero era mas dudoso en la de los diputados. La primera noticia que tuve de este negocio, fué por el canceller, que pocos dias antes de abrirse la legislatura vino á participarme los nombres

de los candidatos que los ministeriales tenian designados para secretarios de la Cámara de los pares, añadiendo que no estaba muy seguro de que fueran estos los que triunfasen, en atencion á que se habia verificado otra reunion en la que se habian propuesto distintos candidatos. Como no se esplicó mas, creí que hablaba de una reunion de ultra-realistas, cosa que habia existido siempre, y no me inspiró el menor cuidado; pero no tardé en saber por Mr. de Brezé que en efecto se habia verificado á propuesta del duque de Doudeauville, una reunion de ministeriales, para llevar á cabo la reconciliacion con el lado derecho. Al mismo tiempo, me enseñó una lista acordada en aquella reunion, tanto para la mesa, como para la comision de mensage, en respuesta á mi discurso. La primera contenia los nombres de Doudeauville, Veraé, duque de Bellune y Dubouchage. Nada tuve que oponer á los dos primeros, é iba á hacer mis observaciones sobre los otros dos, cuando dirigiendo los ojos á la segunda lista, vi al frente de ella los nombres del marqués de Talaru y del vizconde de Montmorency, ambos ultra-realistas furibundos y autores conocidos del *Conservador*. Entonces ya no pude contenerme: reprendí á Mr. de Brezé por pertenecer á una sociedad que hacia semejantes elecciones: le cité este verso de Atalia:

«Romped, romped todo pacto con la impiedad.»

«No sé todo lo que le dije, pues estaba fuera de mí. Recuerdo que se defendió citándome personas muy honradas, aunque algo débiles, que formaban parte de la asociacion. En fin, me dijo que esta se reunia en casa del cardenal de Beausset. El rayo que hubiera caido á mis pies me hubiera hecho menos impresion que este nombre. Hasta entonces, del mismo modo que el pueblo que antiguamente cuando se le oprimia, exclamaba en su dolor: ¡Oh! ¡Si nuestro buen rey lo supiera! decia yo ¡Ah!

¡Cuando lo sepa el duque de Richelieu! Y no por que no me hubiese instruido de una conferencia que debía tener con Mr. de Villele, sino por que como no había hablado de su resultado á ninguno de sus cólegas ni á sí mismo, creía que había sido nulo como el de las anteriores conferencias. Empero el nombre del cardenal de Beausset me sacó de todo error: tiene demasiado talento y está demasiado unido con el duque de Richelieu, para haber tomado tan gran medida sin su aprobacion. Al punto me enfrí, despedí á Mr. de Brizé, y me entregué á mis reflexiones.

»Tristes fueron en verdad y no podian menos de serlo: veíame en la dolorosa alternativa ó de aprobar, sin conocerla, una marcha que no podía menos de ser opuesta á la que venia siguiendo hacia dos años y creo ser la única buena, ó de romper con el duque de Richelieu. El primer partido era muy odioso y ofrecia sus peligros. El segundo tenia mil inconvenientes mucho más graves. Sin duda la medida tomada por el duque de Richelieu, sin saberlo yo, era una ofensa á la que no se podría dar nombre; no quiero justificarla, no la concibo siquiera, pero lo que todo el mundo puede concebir es la existencia del culpable llamado al ministerio en las circunstancias mas terribles en que jamás ha podido encontrarse ningun Estado; no habia vacilado en encargarse de él; había hecho mas: habia firmado el convenio de 20 de noviembre de 1815. Si, lo digo francamente, este es el acto que le agradecerá mas la posteridad. Que se considere la posicion en que estaba entonces la Francia. Un millon y cien mil extranjeros que habian venido, me complazco en decirlo asi, con buena intencion, pero que despues se envanecieron con la victoria y mostraban cada dia mas aficion al saqueo, cubrieron la mitad de nuestro territorio. Verdad es que los soberanos reunidos en París me trataban con grandes miramientos; pero la generosidad se los guarda siempre á las canas y no por eso se dejaba sentir

menos el azote del poder. Dos prefectos (los de Sarthe y del Loiret) habian sido arrancados de sus destinos y encerrados en una prision. Mr. Decazes, entonces prefecto de Policía, habia estado espuesto á sufrir la misma suerte. Las obras maestras de las artes, cuya posesion debía garantir á la Francia el tratado de 30 de mayo de 1814, fueron, delante de mis propios ojos, arrebatadas á mano armada de mi casa. En el Mediodia de la Francia, á no haber sido por el valor heroico del duque de Angulema que sin armas y sin medios habia sabido imponer al general Castaños, los españoles habrian venido sin haber tenido parte en la victoria á tomar la suya en el botín; pero el peligro no estaba mas que en suspenso. ¿Cuáles eran nuestros recursos? Ninguno, preciso es decirlo. El ejército del Loira, que en mi opinion lo hubiera sido muy débil, estaba licenciado, y si quedaba energía en Francia solo se observaba en las fermentaciones de guerra civil. No podiamos esperar siquiera la triste gloria que honró los últimos momentos de Cartago. Cierzo que los extranjeros exigian condiciones muy duras; pero ya hemos visto, si nos hallábamos en estado de negarlas, y á parte de los gastos causados por ellos, su presencia sola costaba diariamente á la Francia mas de un millon de pérdida. En semejantes circunstancias el hombre virtuoso y amante de su pais desprecia inútiles clamores y camina derecho á su objeto. Esto fué lo que hizo el duque de Richelieu, y esto es lo que reconocerá la posteridad cuyos sufragos le vengarán de la falsa afrenta que se ha querido echar sobre él en aquella ocasion. Desde aquel momento su lealtad estremada le habia grangeado no solamente en el extranjero una consideracion que pocos han tenido, sino que en lo interior habia reducido á los adversarios mas pronunciados de nuestro sistema á maldecir de sus talentos no atreviéndose á atacar á su persona. En fin, acababa de firmar aquellas famosas actas de Aquisgran que salvaron á la Francia y la colocaron en el rango que la

pertenecía. A estas consideraciones se unian otras muy poderosas: todos mis ministros me hubieran abandonado, principalmente el conde Decazes que muchas veces me habia declarado (y en esto era yo de su opinion) que si al regresar de Aquisgran el duque de Richelieu seguia su proyecto de retirada él le imitaria. Asi, pues, si ellos estaban dispuestos á seguir una retirada voluntaria ¿qué hubieran hecho si hubiera sido forzada? En fin, yo mismo, ¿dónde hubiera tomado la fuerza necesaria para un acto de vigor, yo que á pesar del inconcebible silencio del duque de Richelieu y á pesar de otros recuerdos mucho mas penosos, siento todavía no tener á mi lado un hombre á quien malos consejos podian estraviar y aun arrastrar á medidas opuestas enteramente á su carácter; pero que guiado por su rectitud natural volvía al punto al buen camino con tanta mas facilidad cuanto que jamás su corazón era culpable? Asi, pues, resolví aparentar lo que se me callaba y permanecer fiel á mi línea de conducta, lo que me era tanto mas fácil cuanto que el duque de Richelieu me decia (y estoy seguro que me lo decia con sinceridad) que no habia cambiado de sistema. Por otra parte no aparecia en el ministerio la menor escision. Mi discurso de apertura fué discutido y unánimemente adoptado, á escepcion de algunas frases que al tiempo de pronunciarlo me propuso que añadiera el duque de Richelieu y cuya idea pertenecía á Mr. Decazes (entre otras esta: el príncipe acaba de recobrar su independencia sin la cual no hay rey ni nacion).

»Esta union aparente no fué larga. La apertura se habia verificado el 10, y ya desde el 12 el consejo de ministros se puso á deliberar sobre la marcha que deberia seguir en las actuales circunstancias. El guarda-sellos, que habló el primero, pintó muy bien su gravedad, pero sin concluir precisamente en nada. Mr. Roy hizo lo mismo. El mariscal Gouvion-Saint-Cyr y Mr. Decazes opinaron por permanecer firmes en la línea seguida hasta en-

tonces. Los señores Molé, Lainé y el duque de Richelieu opinaron por una reconciliacion con el lado derecho, y en su consecuencia proponian un cambio en la ley electoral. Como se ve no hubo mayoría pronunciada, y la deliberacion se aplazó para el 14, verificóse en efecto sin mas resultado; pero se juzgó la materia bastante discutida para someterla en el próximo consejo de ministros.

»Muchas cosas ocurrieron en este espacio de tiempo: la Cámara de los pares constituyó su mesa con las personas que habia dicho Mr. Brezé, á excepcion de Mr. de Pastoret, que sustituyó á Mr. Dubouchage, y esto, al decir de los que manejaron el negocio, por consideracion á mí, puesto que habiendo sido mi ministro Mr. Dubouchage, podria serme poco grato verle continuamente á mi lado. Sin duda se olvidaban de que el año anterior, aprovechando los ultra-realistas una desavenencia de los ministeriales, habian presentado para secretario al duque de Feltre, que habia salido del ministerio despues de Mr. Dubouchage, ó mas bien querian revestirse á los ojos del público de aquel fingido respeto hácia mí, mas insultante que un ultraje directo. Cuando para el nombramiento de la comision de mensaje habian hecho al duque de Richelieu el honor de preguntarle qué personas queria fuesen las designadas, contestó entregándose á un movimiento natural: «ministeriales.» Pero entonces se le hizo ver que solo por mera política se le habia hecho aquella pregunta, pues le declararon que no podia ser lo que él queria. Jamás comprenderé como al oír estas palabras no se le cayó la venda de los ojos, y vió que era esclavo del partido al que imprudentemente habia favorecido y el cual queria convertirle en uno de esos ídolos de los gentiles *que tienen ojos y no ven*, y en fin, como no hizo un esfuerzo generoso para intentar siquiera romper su cadena. Nada de esto sucedió, y se limitó á replicar con aire de mal humor: «Pues bien, nómbrense personas sensatas.» Estas personas sensatas fueron Talaru, el vizconde

de Montmorency, Fontanes, Pastoret y Rosambo, no menos ultra-realistas que los primeros. Confieso que esta eleccion me ofendió mucho mas que la de la mesa; pero persuadido de que la falta mayor que podria cometer un rey seria manifestar una cólera que no puede satisfacer, me contenté con decir interiormente lleno de amargura:

«Atalo; ¿era asi cómo reinaban tus antepasados?»

»Pero el dolor que por este tiempo experimentaba era muy ligero en comparacion de el que voy á referir. El duque de Richelieu, que en todos tiempos se habia mostrado tan pública y noblemente amigo del conde Decazes, que pocos dias antes de salir de Aquisgran le escribia, á propósito de un asunto que le interesaba personalmente y el cual habia tenido mal éxito, *que estaba desesperado por haberle salido mal el único negocio que realmente le concernia*; el duque de Richelieu, digo, parecia haberse enojado con él, pues no le veia, ni aun contestaba á sus cartas. Preparado hacia largo tiempo á la retirada de Mr. Decazes, cuyo ministerio conocia yo demasiado que no podia subsistir, la amistad que le profesaba me hacia desear que por lo menos saliera de la plaza con los honores de la guerra, no ocultándoseme tampoco la ventaja que llevarian sus enemigos si se verificaba su salida á consecuencia de un rompimiento con el duque de Richelieu. Por otro lado, y prescindiendo de lo que concernia al conde Decazes, nada era mas precario que el ministerio. Mr. Lainé habia anunciado su inflexible resolucion de retirarse; el duque de Richelieu por su parte declaraba que, saliendo él, no permaneceria en el ministerio ni un segundo, y las activas gestiones que creí conveniente practicar para con el primero no habian tenido mas que un resultado muy equivoco.

»¿Me será permitido hablar aqui del estado en que á la sazón se hallaba mi salud, no para que se me compa-

dezca, sino para que sirva de excusa á las faltas que pude haber cometido en circunstancias tan difíciles? El 12 sentí un ataque de gota: durante tres dias fué tan ligera que creí no seria nada; pero el 15 por la noche fueron muy intensos los dolores, y el 16 comenzó la invasion que voy á describir en pocas palabras: grandes dolores, poco sueño, falta de apetito, fiebre y postracion de las fuerzas físicas y morales. Tal fué mi estado por mas de ocho dias.

»Entretanto el horizonte pareció aclararse un momento. Como los ministros que eran individuos de la Cámara de los diputados tenian precision de asistir el miércoles 16, día de la eleccion de los candidatos para la presidencia, se aplazó el consejo para el jueves. El miércoles por la noche se presentó inopinadamente el duque de Richelieu en la reunion del conde Decazes, que estuvo muy obsequioso con él y fué á verle al dia siguiente. Tuvieron ambos una esplicacion, y al concluirla se abrazaron, quedando convenidos en que se tocaria solamente, pero no se profundizaria, la gran cuestion en el consejo.

»Reunióse este en efecto el 17. El guarda-sellos habló allí el primero, en los mismos términos que lo habia hecho en casa del duque de Richelieu, es decir, con mucha elocuencia, pero sin resolverse nada. El mariscal Gouvion fué de parecer que no debia hacerse cambio alguno, ni aun ensayar siquiera la modificacion de la ley electoral. Mr. Molé declaró que no creia posible continuar en la línea seguida hasta aquel momento, y por lo tanto queria que se inclinase la balanza hácia los ultra-realistas, no porque desconociese que esto era lo mismo que designarse á mos, sino porque de dos males es preciso elegir el menor. Mr. Lainé juzgó conveniente plantar la bandera ministerial y tender la mano á derecha é izquierda. Mr. Roy habló poco mas ó menos en el mismo sentido. Decazes esplanó el peligro que en su concepto

se corría con tratar de cambiar, ó por mejor decir, destruir la ley electoral, á la que pintó como popular en grado supremo, y concluyó encareciendo la conveniencia de continuar firmes en nuestra línea. El duque de Richelieu habló el último, y fué fácil conocer que se inclinaba á la opinion de Mr. Molé; pero no avanzó mucho mas que el guarda-sellos y Mr. Roy. En fin, tomo yo la palabra, y apoderándome de la idea de Mr. Lainé: «Planteamos, dije, nuestra bandera sobre el decreto de 5 de setiembre de 1816. Continuemos siguiendo la línea que nos ha reunido hasta ahora. Tendamos siempre la mano á derecha é izquierda, diciendo con César: «el que no está contra mí, está conmigo.» Asi terminó aquel consejo. Yo tuve el candor de creer que iba á cesar toda discusion on el ministerio; ahora se verá hasta donde llegaba mi ilusion.

»El 16 Mr. Ravez habia obtenido el número de votos necesario para ser candidato á la presidencia. Mr. de Serre habia tenido casi tantos como él; sin embargo, me era imposible nombrar á Mr. Ravez. Cometí la torpeza de darme demasiada prisa en decirlo, ó el duque de Richelieu la de anunciárselo antes de haberse deliberado el negocio en consejo de ministros. Esta doble imprudencia hizo triunfar á los realistas, que viendo las elecciones que habia hecho la Cámara de los pares, y esta última (porque es preciso decirlo, Mr. Ravez era de los que se habian dejado arrastrar), no dudaron de la victoria. Su alegría fué de corta duracion, pues entre los vicepresidentes, uno solo, Mr. Blanquart de Bailleul, que estaba en el mismo caso que Mr. Ravez, pudo darles alguna esperanza; pero la eleccion de los secretarios, y sobre todo la de Mr. de Saint-Aulaire, suegro del conde Decazes, probó claramente que los antiguos ministeriales no estaban aun vencidos. Confieso que no pude menos de alegrarme; pero mi gozo no duró mucho, pues el duque de Richelieu se irritó hasta tal punto, que por la primera vez

de su vida, el domingo siguiente (las elecciones se habian verificado el viernes y el sábado), me habló en términos muy duros de Mr. Decazes, acusándole poco menos que de haber sido el alma de aquellas elecciones. Entonces conocí que la escision habia estallado sin remedio. La deploré profundamente; pero por los motivos que he expuesto mas arriba, me resolví, por mucho que me costara, á inmolarlo todo á la ventaja de conservar al duque de Richelieu en el ministerio; pero hé aqui, que el lunes por la tarde y martes por la mañana recibo las adjuntas cartas del duque de Richelieu (1), de Mr. Molé (2), de Mr. Lainé (3),

(1) Con profundo dolor, pero con irrevocable determinacion, suplico á V. M. se sirva aceptar la dimision del puesto que ocupo y que pongo á los pies de V. M. La íntima conviccion en que estoy de que no puedo ya ser de ninguna utilidad á V. M. ni al bien del pais, me obliga á dar este paso. Sirvase V. M. indicarme á quien debo entregar la cartera de los Negocios extranjeros. Las circunstancias en las que la acepté y todo lo que ha pasado hace tres años deben probar á V. M. que si le suplico me permita retirarme hoy, no es por falta de valor ni de lealtad.

Firmado, RICHELIEU.

(2) No dejándome la situacion del ministerio ninguna esperanza de ser útil á V. M. y justificar su confianza, continuando en su servicio, vengó á suplicarle reciba mi dimision y se sirva manifestarme á quien he de entregar la cartera de Marina.

Firmado, MOLÉ,

(3) Suplico á V. M. tenga á bien admitir mi dimision é indicarme á quien debo entregar la cartera del ministerio de lo Interior. Permitame V. M. que le pida la gracia de dejarme volver completamente á la condicion privada. Como diputado, trataré de servir á mi rey y al pais con toda la lealtad de mi corazon.

Firmado, LAINÉ.